

VEGETTA777

WILLYREX

WIGETTA

Y EL BÁCULO
DORADO



Libro
interactivo con
**REALIDAD
AUMENTADA**



VEGETTA777 WILLYREX

WIGETTA

**Y EL BÁCULO
DORADO**



© Willyrex, 2015

© Vegetta777, 2015

Redacción y versión final del texto, Víctor Manuel Martínez, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Ediciones Temas de Hoy, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.temasdehoy.es

www.planetadelibros.com

© Ismael Municio, por el diseño de personajes, ambientación, fondos y portada, 2015

© Elisabeth Castro, por la realización de bocetos, 2015

© Jesús Sanz, por los dibujos, 2015

Diseño de interiores: María Pitironte

Aplicación móvil diseñada y desarrollada por Vidibond, S.L.

www.VIDIBOND.com

Primera edición: noviembre de 2015

ISBN: 978-84-9998-516-9

Depósito legal: B. 23.973-2015

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Egedsa, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la [web www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

- 11 La estatua desaparecida
- 36 La extraña criatura
- 54 El científico
- 76 El mercenario
- 90 El enigma de la Gran Biblioteca
- 116 El virus ataca de nuevo
- 132 *Sidequest*
- 152 Los descubrimientos de Ray
- 170 El plan
- 180 Pueblo bajo el terror del monstruo
- 194 Los antivirus
- 228 Guerra eterna
- 236 Cuatro semanas después
- 256 Sabías que...?





LA ESTATUA DESAPARECIDA



Las calles de **PUEBLO** habían recuperado el esplendor de otros tiempos. Una vez más, sus habitantes habían demostrado que no había dificultad que no pudieran superar a base de esfuerzo y trabajo en equipo.

El terrible ataque de los zombis todavía estaba reciente en la memoria de quienes lo habían sufrido. Sin embargo, pesaba más en la comunidad el ánimo de intentar que Pueblo fuera próspero y pudiera considerarse un lugar agradable para vivir. Era gente extravagante, pero estaban muy unidos entre ellos. Y ese sentimiento comunitario siempre había dado a los vecinos de Pueblo fuerzas para afrontar cualquier desafío.

Precisamente por eso, **WILLYREX** y **VEGETTA** estaban muy orgullosos de lo que habían conseguido crear a base de trabajo duro y constancia. Aquella mañana madrugaron un poco más de lo normal. Les apetecía salir a dar un paseo y contemplar Pueblo, admirar sus edificios y saludar a sus habitantes.

Era un placer ver a sus vecinos comenzar el día con alegría y humor.



—¡Arriba, dormilones! —dijo **VEGETTA** a Vakypandy y **TROTUMAN**, que dormían en sus camas como lirones. No había nadie en todo Pueblo a quien se le pegasen más las sábanas que a la pareja de mascotas.

—cinco minuto0000os...

—pidió Trotuman con un hilo de voz.
La mascota agarró la almohada con fuerza.



Hacia un buen rato que Vegetta se había aseado y se había enfundado en su armadura púrpura con el chaleco blanco. Aprovechó para poner un poco de orden en la casa mientras Willy buscaba desesperadamente su inconfundible boina verde. No tardó en encontrarla debajo de un sillón y, más tranquilo, se la colocó sobre su pelo rubio. Se sacudió la chaqueta verde y, como no tenían demasiada prisa, permitió que sus mascotas disfrutaran de unos minutos más de sueño.

—¡Ahora sí que tenemos que irnos! —insistió Willy, una vez estuvo listo.



—otros cinco **Minuuutos**, por faVooor

—murmuró Vakypany, estirando sus cuatro patas antes de volver a buscar una nueva y cómoda postura—.

Piedad...



Durante unos instantes,

la habitación permaneció en silencio. Trotuman y Vakypany se arrebujaron en sus sábanas, contentos por haberse salido con la suya una vez más. Entonces, Vegetta tuvo una idea. Le guiñó un ojo a su amigo para que le siguiese la corriente y, simulando un forcejeo, tiró unos cuantos libros al suelo.

—**¡SOCORRO, WILLY!** —gritó Vegetta, intentando contener la risa—. ¡Ese zombi me ha pillado por sorpresa y me ha atrapado! ¡Estoy malherido! ¡Va hacia ti! ¡Y tiene una espada de fuego!

Trotuman y Vakypandy se despertaron de golpe y saltaron de la cama. Trotuman tenía la sábana enganchada a la cabeza y se puso en posición defensiva sin saber muy bien hacia dónde estaba mirando. Se tropezó y acabó en el suelo en una situación un poco embarazosa. Vegetta y Willy se echaron a reír al ver a sus mascotas de esa guisa, todavía casi dormidas y aun así listas para protegerlos. Trotuman se quitó la sábana de la cara y, al ver a Willy y Vegetta sanos y salvos, miró a Vakypandy. Tardaron unos segundos en despejarse y darse cuenta de que

**TODO HABÍA SIDO UNA
BROMA.**





—Bien jugado, bien jugado—reconoció
Vakypandy, y se echó a reír con Trotuman.

—Ahora no tenéis excusas. ¡Vamos a dar una vuelta!
—dijo Vegetta, de muy buen humor. Por mucho que
tuvieran que madrugar, las mañanas en Pueblo eran tan
hermosas y pacíficas que siempre conseguían dibujarles
una sonrisa en la cara.

* * * * *

Vegetta, Willy, Vakypany y Trotuman comenzaron su
paseo por la plaza a la entrada de Pueblo, donde los
comerciantes solían montar sus puestos. Estaban ya
terminando de preparar todo para comenzar su día.

PANTRICIA, la escultora de pan, era una mujer rolliza.

Siempre iba con un vestido azul y un delantal rosa, y
cubierta de harina hasta las orejas. Era

detallista y meticulosa, a la vez que
creativa. Se afanaba en ordenar con
mimo sus espectaculares y deliciosas
creaciones de pan de molde, de

brioche y de hogaza en su
gran carromato
de tiro.



Afortunadamente, durante las horas de mercado, sus caballos pastaban alegremente por los prados. De lo contrario, terminarían con sus existencias de pan de zanahoria en un abrir y cerrar de ojos.

A unos metros del puesto de pan se encontraba **HERRUARDO**, el encargado de trabajar el metal. Era un hombre corpulento y fuerte, con unos brazos gruesos como troncos de árboles. Estaba afilando los tenedores que tan buenos resultados habían dado hasta entonces en todos los comedores de Pueblo, siempre a punto para llevarse la comida a la boca. Según se rumoreaba, estaba investigando la manera de crear

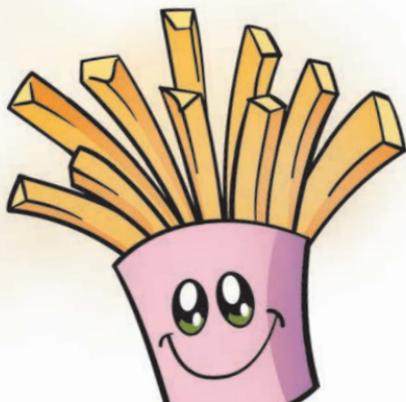
ROPA DE CAMA METÁLICA,

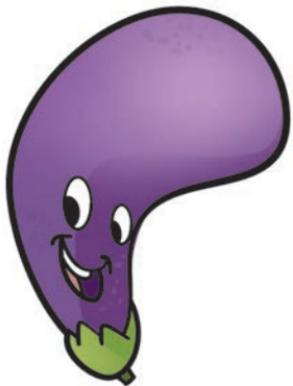
igual de cómoda que la de algodón, pero mucho más fresca y resistente.



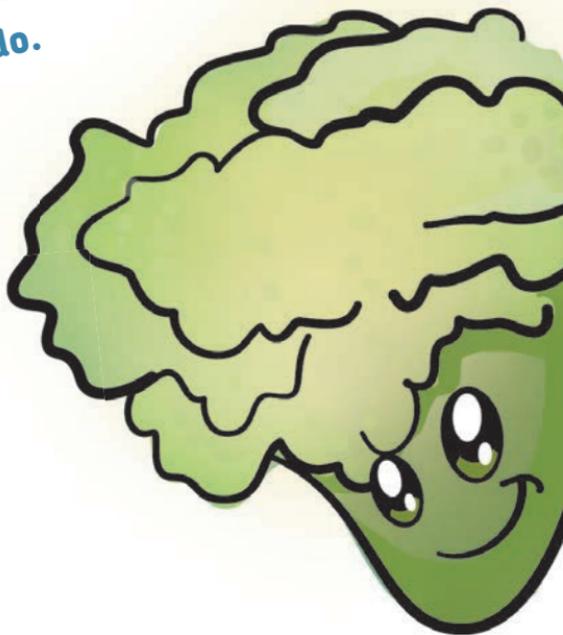
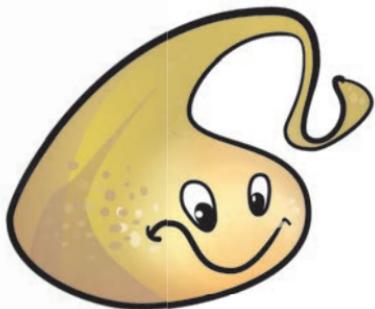


En el puesto de Herruardo estaba también **PELUARDO**, su hermano, que había ido a buscar unas nuevas tijeras de precisión para su peluquería de comida. Necesitaba utensilios muy concretos para hacer realidad los peinados que le pedían kiwis y albaricoques, pero también lechugas y patatas fritas.





Él sabía hablar con los alimentos y les cortaba el pelo.
Incluso a los que no tenían pelo conseguía hacerles
tupés de vértigo y elegantes peinados
con raya a un lado.



REMEDIOS, la curandera, no se separaba de la cofia ni para dormir. Su consulta era un tanto particular. Estaba en una pequeña casa de piedra con tejado de paja y chimenea, coronada con una veleta con forma de unicornio que siempre llamaba la atención de Vakypandy. Vivía rodeada de calderos y más calderos. Desde el portón de madera les preguntó si se encontraban bien, si tenían frío o calor, si les dolía la cabeza o si eso que le había parecido ver era una leve cojera.

* * * * *

**SIEMPRE SE PREOCUPABA POR
EL BIENESTAR DE TODO EL MUNDO...**

y, quizá por eso, era una de las mejores curanderas que se podían encontrar. Tenía recetas de pociones que podían sanar casi cualquier cosa y, si no sabía cómo hacer una para curar alguna dolencia concreta, no dejaba de probar fórmulas hasta dar con la que tenía el efecto que ella quería.

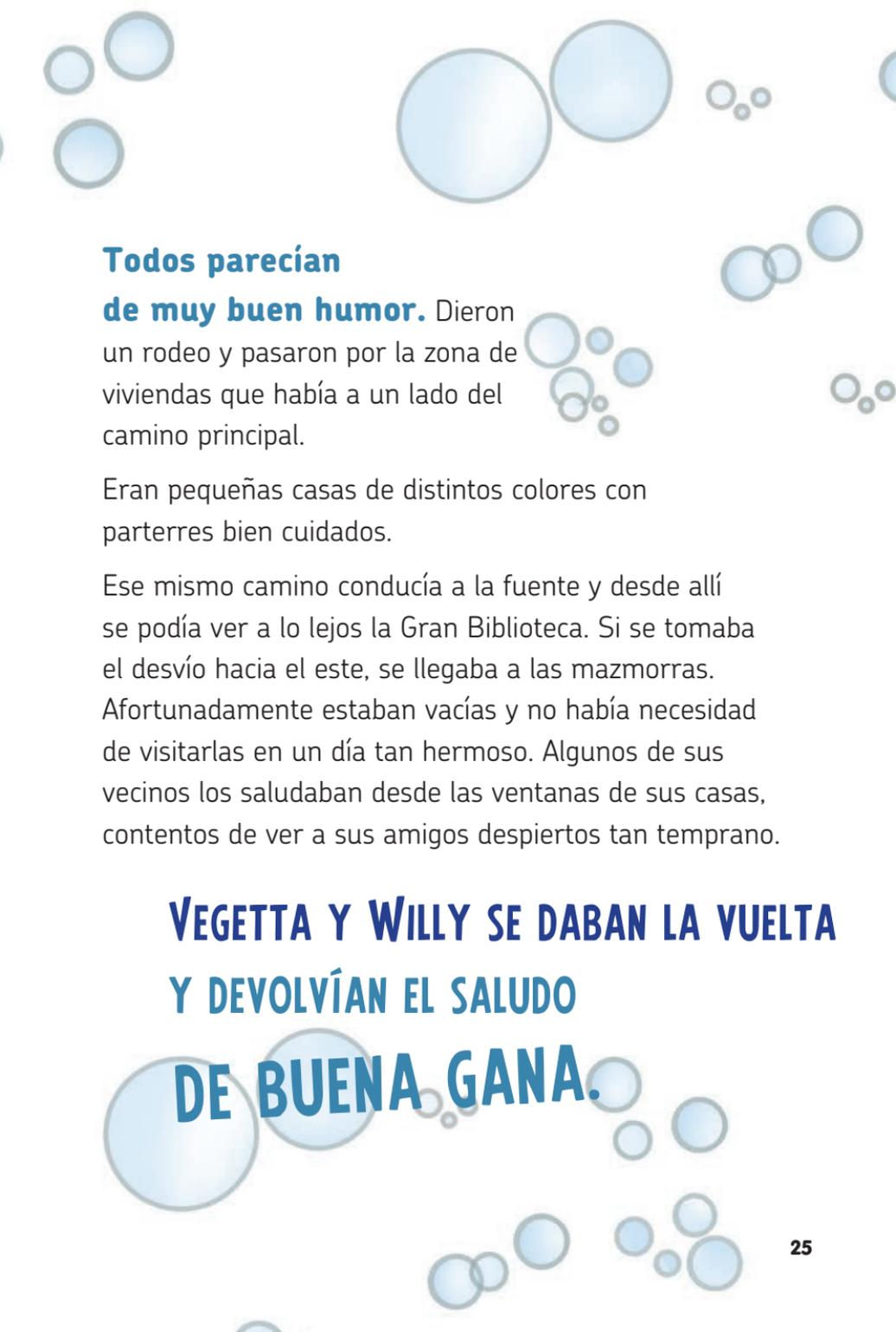


Como toda profesión, tenía sus riesgos. Nadie olvidaría aquella ocasión en la que recetó a Tabernardo, el dueño de la cantina, una pócima para la tos que hizo que su voz sonara como el canto de los petirrojos. Dos días después dio con un remedio que le devolvió a Tabernardo su voz original, pero desde entonces en el tejado de la cantina vive una familia de pájaros que da alegría al lugar.

—¡QUE TENGÁIS UNA SANA MAÑANA!

—les deseó Remedios, que siempre se despedía de esa manera.





Todos parecían

de muy buen humor. Dieron un rodeo y pasaron por la zona de viviendas que había a un lado del camino principal.

Eran pequeñas casas de distintos colores con parterres bien cuidados.

Ese mismo camino conducía a la fuente y desde allí se podía ver a lo lejos la Gran Biblioteca. Si se tomaba el desvío hacia el este, se llegaba a las mazmorras. Afortunadamente estaban vacías y no había necesidad de visitarlas en un día tan hermoso. Algunos de sus vecinos los saludaban desde las ventanas de sus casas, contentos de ver a sus amigos despiertos tan temprano.

**VEGETTA Y WILLY SE DABAN LA VUELTA
Y DEVOLVÍAN EL SALUDO
DE BUENA GANA.**